

se puede con ellas borrar el arte de la naturaleza ni los sentimientos innatos en los espíritus cultivados y ya no salvajes.

El monumento de Reims fué reconstruído, se rehará la capilla inglesa del arte gótico y si a las pirámides de los cultos Farahones, les llegara su turno, también se reharían otra vez.

En todas las tradiciones de los pueblos ha existido la idea del bien y del mal: el uno representado por un Dios, divinizado en muchas formas distintas y contra Dios, siempre detrás de sus obras para destruirlas, han figurado a Luzbel, que es la negación de todo, el espíritu del mal.

Para celebrar el gran acontecimiento pacifista entre ambas Repúblicas, deberían los dos países establecer una condecoración nacional para los héroes y servidores nacionales, consistente en una medalla con el busto de los dos jóvenes Mandatarios y con la leyenda: "Por la paz y la fraternidad universales".

Domínate y vencerás

Adoptado de un libro escrito por Winfred Rhoades

El temple de tu ánimo tienes que forjártelo tú mismo. No es algo que se nos coloque en la cuna como un regio presente de hadas. Tienes que ir haciéndotelo, día tras día, pieza por pieza, como una armadura brillante y sólida. De ti sólo depende que tu carácter sea flojo o recio, estéril o fecundo, fuente pródiga de dichas y gozos o turbio manantial de aflicciones y congojas; de ti y de las ambiciones que alimentes, de los pensamientos que albergues, de los ideales que te pongas, de las emociones que te dominen.

La mayor y más alta y meritoria empresa del hombre es ese inacabable trabajo del propio perfeccionamiento, ese viril aprendizaje de la ciencia suprema del bien vivir. Las palabras memorables del Evangelio: "y seréis como recién nacidos", son tan válidas a la luz de la moderna psicología como en los días de auge de la tradición teológica. Todo cuenta y tiene su precio y su efecto en esa obra misteriosa y continua de la propia formación: la llama de odio que no se apagó a tiempo, el resentimiento que se dejó crecer, la negligencia que fué invadiendo y paralizando poco a poco los resortes de nuestra actividad, la mentira que manchó el labio y encanalló el alma, y frente a esas causas manifiestas o latentes de envilecimiento, los agentes poderosos de autoeducación espiritual: todo acto heroico de dominio de sí mismo, toda prueba de fortaleza moral, toda confesión, por penosa y difícil y humillante que sea, de la verdad.

Cuando asome su faz engañosa el monstruo pérfido que invita a la indolencia y formule su insidiosa pregunta: "¿a qué luchar?", acude a las

páginas confortadoras de la historia de una de esas almas de elección que ofrecieron al mundo el ejemplo sublime de sus luchas, aspiraciones y sacrificios. Sólo quienes hayan cifrado su constante anhelo y su esfuerzo doloroso en sojuzgar las pasiones y someter el cuerpo rebelde al imperio purificador del espíritu, han estampado un nombre glorioso en los anales imperecederos de la humanidad. Graba en tu memoria el consejo de Epicteto: "Recuerda que en toda fiesta hay dos convidados a quienes agasajar: el alma y el cuerpo, y que perderás cuanto des al cuerpo, más conservarás por siempre lo que des al alma".

La vida de Epicteto es uno de los blasones de la stirpe humana. Fué esclavo; adoleció de una fea cojera; vivió en estrechez y miseria extremas, y, sin embargo, proclamó, en medio de sus vicisitudes y sufrimientos, el señorío inmortal del alma sobre el cuerpo, conquistó para su espíritu una grandeza y una perfección rara vez igualadas y dió al mundo, como una lluvia de granos de oro purísimo, preciosas máximas que han servido para sostener y alentar y consolar a millones de hombres y mujeres que, en una larga cadena de siglos, ha emprendido la ascensión difícil hacia las cumbres más altas que es dable alcanzar al espíritu purificado de la terrenal escoria.

Recuerda también la carta que escribió Robert Louis Stevenson en una tregua de la larga guerra que sostuvo con la enfermedad:

"Yo no quería morir. Sentía y comprendía que no había dado término aún a una obra que justificase mi paso por la vida; que había contraído muchas obligaciones que no tenía derecho a esquivar; que morir en esas circunstancias equivalía a un acto de cobardía, a desertar en pleno combate".

En esas palabras de Stevenson se escucha el eco de todas las grandes almas que han dejado huella perdurable en los caminos del tiempo. ¿No dijo acaso Helen Keller que "si bien es cierto que el mundo está lleno de sufrimientos, no es menos cierto que está lleno también de la belleza y la perfección de las almas que se afanan noblemente en remediarlos y superarlos?". La misma elevación que inspiró las palabras de Stevenson late en las de Helen Keller.

Cuenta el amanuense de Walter Scott que éste, atenaceado por crueles dolores físicos, interrumpía a veces lo que dictaba con algún quejido ahogado; pero que se negaba a suspender el trabajo y le pedía sólo que cerrase la puerta del despacho "para que su familia no se enterase de su tortura". Walter Scott encarnaba en su martirio el principio que años después había de sentar Stevenson en una frase felicísima: "la verdadera salud consiste en poder vivir sin ella".

Hasta ahora han aparecido aquí nombres conocidos hasta en el último rincón del globo. Mas no dudes que hay multitud de seres anónimos y oscuros dignos de figurar en el catálogo de las grandes almas. Los hay en la sórdida pobreza de los tugurios en que se ceban el hambre, la enfermedad y el frío; los hay en el erial que la tenacidad y la desesperación de sus obstinados cultivadores no logra convertir en campo de abundancia; los hay en las oficinas donde todo parece prosa, uniformidad, seca rutina; los hay en las calles desem-

peñando mil oficios y menesteres vulgarísimos; los hay entre la muchedumbre incontable de aquéllos a quienes la desgracia ha visitado en cualquiera de sus terribles manifestaciones.

De una carta que he recibido no ha mucho copio este párrafo:

“Algunas veces me alegro de haber sufrido lo que he sufrido, porque siento que una inalterable paz baña mi alma y veo que he aprendido a comprender y tolerar a los demás”.

El autor de esas líneas nació y se crió en opulenta cuna. Hoy tiene que mendigar los centavos para pagarse el tranvía cada vez que va al hospital a recibir la caridad de una cura entre los desheredados de la suerte. Pero ha aprendido la más hermosa y verdadera lección que la vida puede darnos: que no está en los bienes externos, sino en la fortaleza de nuestro espíritu, la clave segura de nuestra serenidad interior. Si no hay claridad en nuestra alma, inútiles serán para iluminarla todo los fuegos fatuos que en torno suyo se enciendan en la materia perecedera y corruptible.

Y del estado de nuestro espíritu dependerá también, en no escasa medida, nuestro bienestar físico; pues el dominio de nosotros mismos, o sea el hábito de dirigir por recto curso nuestros pensamientos y deseos, tiene más importancia para la plenitud e integridad de la vida que la salud corporal. La fuerza emotiva que se esconde en nuestras ideas puede encauzarse y aprovecharse favorablemente o desbordarse en devastadora inundación. En tus manos está el someter su ímpetu y aplicarlo a un propósito noble y útil o dejarlo perderse y consumirse baldíamente en vagas sensiblerías pueriles.

El que se abandona a los desordenados impulsos de su cerebro y de su corazón no opone la menor resistencia a los pensamientos que le asaltan y se entrega a la fruición enervante de cuantas emociones le cosquilleen el pecho. El que se proponga firmemente, por el contrario, educar y fortalecer su carácter, templándolo para una vida elevada, no dará cabida en su mente a ideas ociosas, ni alimentará con enfermiza morosidad, resentimientos, animosidades y desengaños. Cultivará deliberadamente sólo aquellas emociones que lo emancipan del yugo del desaliento. Deseoso de inspirarle a su espíritu valor, energía, aplomo e ideales heroicos, tendrá siempre al alcance de su mano algún libro cuya lectura estimule, ennoblezca e impulse a las acciones grandes, y se propondrá vivir su vida en comunión íntima con los esclarecidos mentores que, como Epicteto, Scott y Stevenson, se sobrepusieron por la luz de su entendimiento y la fortaleza de su espíritu animoso a desgracias e imperfecciones que amenazaban con arruinar trágicamente sus vidas. Y cifrará todo su empeño y todas las energías de su ser en desarrollar sin tregua la infinita capacidad de bien y de perfección que hay en su alma.

(DE SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, MARZO 1941)